

## DE LA PARTE DE JESUCRISTO

*"Si uno se pone de mi parte ante los hombres,  
yo también me pondré de su parte ante mi  
Padre del cielo. Y si uno me niega ante los  
hombres, yo también lo negaré ante mi  
Padre del cielo."* (Mt. 26, 32-33)

Pocas palabras de Jesús recogidas en el Evangelio son tan definitorias (y definitivas) como las que encabezan estas líneas. Para la persona de fe, nada es tan valioso como el juicio de Dios sobre su existencia; y si el creyente es cristiano, sabe que ese juicio depende, para toda la eternidad, de la mediación única de Jesús, el Señor, el Hijo de Dios hecho hombre por nosotros, para la salvación de nuestra existencia íntegra. El cristiano que, con actitud coherente con la fe que profesa, aspira al juicio positivo de Dios (sin prestar excesiva atención al juicio falible y voluble de las creaturas humanas), sabe que debe vivir entre los hombres esforzándose cotidianamente por ponerse de la parte de Jesucristo el Señor, no en otras partes regidas o por el mal evidente o por la ambigüedad que éste genera. El cristiano se reconoce limitado y pecador (también él rinde tributo al mal y a la ambigüedad: "Quien esté libre de pecado..."), pero se sabe también, ilustrado por su fe, capaz de acoger el perdón y de emprender, una y otra vez, senderos de levantamiento y rectificación. La fe que profesa lo orienta hacia su polo magnético, lo imanta. Conoce el cristiano que ni él ni nadie es impecable, pero conoce también -el Evangelio nos lo enseña- que tampoco es un "caso perdido". Ni él ni nadie. Para Dios no hay casos perdidos, ni caminos sin salida. Hay ascensiones escabrosas, recomposiciones exigentes y confianzas perdidas cuyo nuevo hallazgo requiere árdua tarea, pero aún cuando el tránsito ocurra en la oscuridad de la noche, no falta la luz pálida de la luna o, al menos, el rutilar tintineante de una estrellita humilde, unidos a la convicción de que el sol se oculta, pero no se desintegra en un cataclismo sin remedio.

Ponerse con sencillez, sin alharaca, de la parte de Jesucristo, equivale, pues, -reconocida la indigencia de la condición humana- al seguimiento a Jesús, a la imitación de Sus actitudes para con Dios Su Padre y para con todas las personas humanas con las que se encontró durante su breve existencia terrenal. Ponerse de la parte de Jesucristo incluye, evidentemente, la confesión con las palabras y los gestos de la fe de la aceptación de tal Maestro y Señor: Camino, Verdad y Vida, pero la "confesión" no se reduce a ello. Ponerse de la parte de Jesucristo no consiste, simplemente, en confesar con los labios una fe y un sentimiento que la vida cotidiana niega; ni en colgarse del cuello cruces bien visibles y huir en todo momento y a cualquier precio de la cruz propia. La comunicación entre los hombres involucra el lenguaje y los gestos visibles más superficiales, pero para que sea genuina, éstos deben emanar del hondón del ser, de la intimidad más íntima. La contradicción sostenida entre la existencia y las palabras y los gestos aceptados de la fe, los reduce a "flatus vocis" -simple hálito de la voz- y a semillas de confusión perniciosa. Para que las palabras y los gestos de la fe se revistan de su valor objetivo, sean "confesión" auténtica, equivalgan a "ponerse de la parte de Jesucristo", deben ser expresión de una existencia vivida en el ruedo de la misma fe, campo de batalla que se inicia con el despertar de la conciencia y termina en el abrazo definitivo del Padre.

### A PESAR DE TODO ME PARECE

*A pesar de todo me parece  
que la vida ha sido  
el regalo más hermoso.  
Quiero cuando llegue la muerte  
(llegará en algún momento)  
me encuentre en el ruedo,  
viviendo;  
capeando los toros más fuertes,  
mas siempre viviendo;  
firme en la arena el pie  
-que yo me creía endeble-  
al que el polvo ensangrentado  
dócilmente se somete.  
Yo seguiré hasta entonces  
toreando y sediento,  
en mi silencio abrasado,  
muriendo por seguir viviendo.*

(Del poemario inédito "Canciones del atardecer";  
escrito el 12 de abril de 1992, Domingo de Ramos)

### SIEMPRE QUE ESCUCHO

*Siempre que escucho el galope de las olas  
lamer las arenas tibias de la orilla  
o romper furiosamente los cascos de las rocas;  
  
siempre que el viento me roza las mejillas  
o penetra destemplado entre las copas  
de los árboles y mece las espigas;  
  
cuando, además, el día me permite ver su aurora,  
me ciega, luego, con la luz del astro que se encima  
y me regenera, más tarde, en la noche encubridora,  
  
contemplo, entonces, el río que al lago se encamina  
para terminar en el instante en que él lo acoja,  
con la certeza de que ese mismo lago lo origina.  
  
Como el río, de una eterna inmensidad a la otra  
-que es la misma-, así discurre, serena, nuestra vida;  
inefable retorno incesante que el amor provoca.  
(Del mismo poemario inédito "Canciones del Atardecer";  
escrito el 17 de marzo de 1992)*